

# Descalzando los días

Esther Riba Puértolas

Nunca asistí a una clase de Pere Rovira. No me lo crucé por los pasillos del Rectorat en mis años de Facultad. Mi vida académica estuvo lo más alejada que podría pensarse del poeta, pasaba las horas entre fórmulas y estadísticas matemáticas. Aun así, mi inquietud literaria me había llevado a él y a su obra. Lleida no habría generado dicha inquietud si él no hubiera sentido ese amor por las letras, si él no hubiera desprendido sus armas de seducción hacia la literatura, si él no hubiera puesto las cartas, los nombres, las relaciones, las conexiones sobre la mesa.

Apareció Esther Martínez Borobio en mi vida y, junto a ella, sus clases de Filología. Hace unas semanas, dando vueltas a qué desgranar de la inmensidad del mundo Rovira, ella misma me pasó unas páginas de sus apuntes, como otras veces habíamos hecho y comentado. Apuntes que también yo guardaría como el mayor de los tesoros, porque son testimonio de unas clases llenas de *lletraferits*, de un momento en el que descubrimos que la literatura podía ser motor del pensamiento. Entonces era un vehículo para enlazar las páginas de los libros con la vida más allá de las aulas, porque su profesor de literatura no dejaba de unir los hilos desde el Romanticismo becqueriano hasta la poesía del momento. Todo estaba interconectado. En cada libro aparecían similitudes que uno mismo no hubiera visto, tal vez, si no fuera de su mano.

Conexiones sobre la mesa, dicho está. Con el poeta de la gabardina llegaron a la ciudad personalidades que seguramente no hubieran tenido la necesidad de situar a Lleida en un mapa. Y por él, y junto a él, llenaban la mesa de poesía, de política, de vida... alrededor de un buen plato de caracoles y una copa de vino. Compartir sobremesa con poetas como Luis García Montero y vivir ese encuentro con un nivel tal de intimidad solo era posible de la mano de Rovira. Descalzar los días, que diría Luis, pero conseguir que estos no pasaran de largo, únicamente podía lograrlo el que había marcado nuestra geografía como punto poético del territorio.

Leer a Rovira, con el paso de los años, sin haber frecuentado sus aulas pero habiendo memorizado sus lecciones, vuelve cierta su afirmación de que “no es adoctrinar lo que cuenta, sino ofrecer un testimonio auténtico de la experiencia personal”. Palabras escritas en su tesis sobre el poeta Gil de Biedma, y corroboradas por los que han seguido sus pasos. No se trataba de crear robots literarios. Lo que procuró fue formar lectores, amantes de la literatura que vieran en ella su utilidad social, como escribió M.H. Abrams. Su intención siempre ha sido transmitir esa pasión y que todos aquellos, asistieran a sus clases o no, interiorizaran esas experiencias lectoras y aprendieran a leer sin leer solamente. Que tuvieran la capacidad de desmenuzar lo leído y fueran del pasado al presente, de los poetas de la experiencia o del 50 al 27 hasta los poetas malditos. Interconectar, relacionar, descubrir, ampliar, vivir la literatura sin cerrar nunca la puerta abierta. Que un libro siempre nos lleve a otro, a otro, a otro... y que ese laberinto nos permita crecer.

Leer a Rovira implica conocerle, porque la escritura debe ser y es testimonio vital. Leerle es saberle, aprender a través de su mirada y de los aprendizajes transmitidos, nada se queda para él y todo lo comparte. Sentarse a una mesa con él implica identificar fragmentos de *La finestra de Vermeer*, por ejemplo, porque lo que él escribe es lo que vive y lo que es, lo que nos cuenta es lo que desea dejar vivo para siempre. Darse cuenta de que cada frase es un pensamiento que repite y que defiende, que nos ayuda a reconocerle antes y después de leerlo porque “los personajes de los cuadros son mudos y han de estar quietos. Los literarios hablan y se mueven.” Así, Rovira, ha hablado y se ha movido y ha conseguido que nuestra ciudad sea letra, sea poesía, sea literatura.